

## 9. Echar la vida en la predilección de Cristo

"Echad la red a la derecha de la barca y encontraréis" (Jn 21,6).

Esta es la frase que me iluminó aquella mañana en Fátima, ya que por primera vez me di cuenta de la importancia del detalle de "a la derecha", lugar hacia el que Jesús pide que echen la red. Hasta entonces, pensé que este detalle era solo para probar una obediencia concreta de los discípulos. Era indiferente pescar milagrosamente a la derecha o a la izquierda, especialmente porque en medio de un gran lago, la distancia entre los dos lados de un bote es en realidad insignificante, especialmente para coger tantos peces. Sin embargo, sabemos que en el Evangelio de Juan todos los detalles están llenos de significado.

Aquella mañana en Fátima me di cuenta de que el detalle de "a la derecha" no era ni arbitrario ni técnico, sino una llamada a una preferencia, a una predilección. La "derecha", en toda la Biblia, es la mejor parte, la parte privilegiada, la parte más honrada, la parte de la amistad, de la predilección, y también la parte más poderosa y más fuerte. En la Biblia, la "derecha" es al mismo tiempo la parte del afecto, del honor y del poder.

Comprendí, entonces, que frente a la aridez de nuestro obrar y a la rudeza de nuestros sentimientos hacia los demás, frente a todo lo que hace que la nave de Pedro sea estéril, frente a todo aquello que cansa y desgasta, sin producir frutos a los miembros de la Iglesia, inclinándonos a ser peores de lo que ya somos, no solo entre nosotros y con los demás, sino también con Jesús; pues, frente a todo esto, el Señor nos pide que lo echemos todo, que lo invirtamos todavía una vez más en la parte derecha de la barca, en el lado de su preferencia, de la familiaridad con Él, de la amistad con Él. Frente a toda la esterilidad exterior e interior que experimentamos, Jesús nos pide que obedezcamos al ofrecimiento de su familiaridad.

De hecho, aquí, en este pasaje, Jesús pide obediencia, una obediencia concreta, sin demasiados argumentos y cálculos, –y por suerte para los discípulos, ¿quién sabe por qué?, ¡obedecen sin pensar!– pero Jesús nos pide que obedezcamos eligiendo "echar" todo aquello que es estéril e inútil en el espacio de la "mejor parte", como María de Betania cuando estaba escuchando amorosamente al Maestro, en lugar de estar inquieta, como Marta, por las cosas que había que hacer (cf. Lc 10,38-42).

No es por casualidad que, después de esta llamada de Jesús, sea precisamente el discípulo que Él amaba, el que estaba en la mejor parte también en el Cenáculo, quien reconozca al Resucitado: "¡Es el Señor!" (Jn 21,7). Por supuesto, lo afirma cuando ve el milagro, pero para Juan el milagro no es sino la confirmación o la irradiación de un milagro infinitamente más grande y hermoso: que el Verbo vino a habitar entre nosotros para ser el Amigo que transforma los corazones de hombres indiferentes, decepcionados y cerrados, en corazones de discípulos amados y capaces de amarlo.

Aquella mañana en Fátima, pensé inmediatamente en la tarea de la "pesca" que se me ha confiado, en la "barca" en la que navego y trabajo, y en la gente que se encuentran conmigo en ella. Pensé en mi Orden. ¡A menudo tenemos tan poco que

ofrecerle a Cristo! Cuando Él se presenta y nos pide algunos frutos de nuestro compromiso, de nuestro trabajo, de nuestra vocación y misión, incluso de nuestra oración, ¡qué poco podemos ofrecerle!, y es como si la tomáramos con Él, como si lo culpáramos de nuestra esterilidad, del poco fruto que produce nuestra vida, nuestro estar juntos en su nombre, nuestro haberlo dejado todo por Él, nuestro haber renunciado a todo para seguir su llamada.

Y bien, ante a todo esto, Jesús siempre nos trata con familiaridad ("Muchachos"), y pide a nuestra libertad, cansada e impotente, un gesto de obediencia posible, simple, ligero: echar una red vacía en el lado derecho de la barca no requiere absolutamente ningún esfuerzo. Y echarla a la derecha, en lugar de a la izquierda, también es indiferente con relación a la fatiga. El único compromiso, el único "esfuerzo", es el de la pura libertad de aceptar el hacerlo por la parte que Él indica.

Pero a nosotros ahora se nos pide una conciencia, un saber, que la elección no es entre dos lados distintos convencionalmente en el espacio, sino que se trata de la elección de echarlo todo del lado de la preferencia de Jesús, del lado de su amistad, de la familiaridad con Él, de la familiaridad con Dios en Él.

Esto significa que lo que Jesús nos pide, además de no ser pesado ni agotador, es algo *atractivo*. ¿No es quizás atractivo vivir en el ámbito de la amistad con Cristo, de su predilección? Pero lo olvidamos. Aquella mañana, incluso el discípulo amado, Juan, estaba cansado y decepcionado, y él también respondió secamente "No" a Jesús como los demás. También él necesitaba un reclamo, necesitaba volver a escuchar la llamada del Amado a preferir la amistad con Él a todo lo demás, a todas las apariencias malas y desagradables de la vida, de la misión.

Aquel día en Fátima, y luego en la iglesia donde rezaron y adoraron los santos pastorcillos, pensé de nuevo en todos los "gestos" de mi vocación que hago sin elegir la mejor parte, descuidando a Cristo, que familiarmente continúa invitándome a vivirlo todo del lado de la familiaridad con Él. Vivimos incluso las oraciones litúrgicas, las Eucaristías, la *lectio divina*, el silencio monástico, la vida comunitaria y otras mil cosas, echando la red en el lado equivocado, no en el lado de la predilección de Cristo. Y eso hace que todo sea estéril, aburrido, agotador, inútil, triste.

Y bien, es como si Jesús permaneciera siempre en la orilla de nuestro mar y nos alcanzara siempre, cada día, cada hora, con una invitación llena de afecto a contar con su familiaridad para que todo cambie, para que todo se convierta en un milagro, para que la red y la barca se llenen de peces, para que la Iglesia, y la parcela de Iglesia confiada a nosotros, sean fecundos para el Reino, para la salvación del mundo.

"¡Muchachos! (...) ¡Echad la red a la derecha de la barca y encontraréis!"

Esta invitación permanece abierta, siempre se renueva, hasta el final de nuestra vida: Jesús la renueva. Tal vez podamos volvernos insensibles a ello, pero Cristo no deja de renovarlo, porque Él, como veremos, está "a la derecha del Padre" para "repescarnos" una vez más. Él intercede por nosotros echando el primero la red en el lado de la predilección entre Él y el Padre en el amor del Espíritu.